

« Dos escuadrones tuyos de piqueros ,  
 « Y visto el gran estrago al improviso  
 « Parti corriendo á darte dello aviso .»

Caupolican con muestra no alterada  
 Hizo que del temor se asegurase ,  
 Diciendo que tan poca gente armada  
 Al cabo era imposible que escapase ;  
 Y con la diligencia acostumbrada  
 Mandó al nuevo teniente que guiase  
 Con la mas presta gente por la via ,  
 Que luego con el resto le seguia .

Lautaro , en lo aceptar no perezoso ,  
 Escogiendo una escuadra suficiente ,  
 Marcha con tanta prisa , codicioso  
 De ganar opinion entre la gente ;  
 Mas de Marte el estruendo sonoro  
 Me llama , que me tardo injustamente :  
 De los catorce es tiempo que se trate ,  
 Y del sangriento y áspero combate .

Extiéndase su fama y sea notoria ,  
 Pues que tanto su espada resplandece ,  
 Y dellos se eternice la memoria ,  
 Si valor en las armas lo merece :  
 Testimonio dará dello la historia ;  
 Pero acabar el canto me parece ,  
 Que á decir tan gran cosa no me atrevo ,  
 Si no es con nuevo aliento y canto nuevo .

## CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel ; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro : llega Lautaro con gente de refresco ; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban ; escápanse los otros por una gran ventura .

¡ Cuán buena es la justicia y qué importante !  
 Por ella son mil males atajados ;  
 Que si el rebelde Arauco está pujante  
 Con todos sus vecinos alterados ,  
 Y pasa su furor tan adelante ,  
 Fué por no ser á tiempo castigados :  
 La llaga que al principio no se cura ,  
 Requiere al fin mas áspera la cura .  
 Que no es virtud , mas vicio y negligencia ,  
 Cuando de un daño otro mayor se espera ,  
 El no curar con hierro la dolencia ,  
 Si del mal lo requiere la manera ;  
 Mas no con tal rigor que la clemencia  
 Pierda su fuerza y la virtud entera :  
 Clemente es y piadoso el que sin miedo  
 Por escapar el brazo corta el dedo .

No quiero yo decir que á cada paso  
 Traiga el hierro en la mano la justicia ,  
 Sino segun la gravedad del caso  
 Y la importancia y fin de la malicia ;  
 Pues vemos claro en el presente paso ,  
 Que al cabo corrompida de avaricia  
 Dió á la maldad lugar que se arraigase ,  
 Y en los ánimos mas se apoderase .

Mas no se ha de entender como el liviano  
 Que se entrega al primero movimiento ,  
 Que por ser justiciero es inhumano ,  
 Y por alcanzar crédito es sangriento :

Y como aquel que con injusta mano,  
Sin término, sin causa y fundamento,  
Por sola liviandad y vanagloria  
Quiere dejar de su maldad memoria.

No faltara materia y coyuntura  
Para mostrar la pluma aquí curiosa;  
Mas no quiero meterme en tal hondura,  
Que es cosa no importante y peligrosa:  
El tiempo lo dirá y no mi escritura,  
Que quizá la tendrán por sospechosa:  
Solo diré que es opinion de sábios,  
Que adonde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando,  
Dejaré de tratar de sinrazones,  
Que es trabajar en vano derramando  
Al viento en el desierto las razones:  
De los nuestros diré que peleando  
Estaban con los fieros escuadrones  
Ganando fama y prez, honor y gloria,  
Haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notablé que requiere  
Mucha atencion y autorizada pluma,  
Y así digo que aquel que le leyere  
En que fué de los grandes se resuma:  
Diré cuanto en mi estilo yo puidere,  
Aunque toda será una breve suma,  
Y los nombres tambien de los soldados  
Que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdova, Nereda,  
Moran, Gonzalo, Hernandez, Maldonado,  
Peñalosa, Vergara, Castañeda,  
Diego Garcia, Herrero el arriscado,  
Pero Niño, Escalona, y otro queda  
Con el cual es el número acabado:  
Don Leonardo Manrique es el postrero,  
Igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian  
A verse con Valdivia en el concierto,  
Que del pueblo Imperial partido habian  
Sin saber que Valdivia fuese muerto;  
Por la alta cuesta de Puren subian,  
Y en el mas alto asiento y descubierto  
Los caminos de rama ven sembrados,

Señal de paga y junta de soldados.  
Conocen que la tierra está alterada  
Y que de gentes hacen llamamiento;  
No torcieron por esto la jornada,  
Ni les mudó el temor el firme intento:  
La fresca y nueva aurora colorada  
Daba con su venida gran contento,  
Y las sombras del sol se retraian  
Cuando el licureo valle descubrian.

Aquí estaban los indios emboscados  
Esperando á los nuestros, si viniesen,  
Por cogerlos sin orden descuidados,  
Antes que del peligro se advirtiesen;  
De un bosque á mano hecho rodeados  
Para que mas cubiertos estuviesen,  
Hasta que inadvertidos del engaño  
Pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban  
Por un repecho al valle enderezando,  
Donde ocultos los bárbaros estaban  
Cubiertos de los ramos aguardando:  
Los nuestros con el bosque aun no igualaban  
Cuando los indios súbito sonando  
Bárbaras trompas, roncós tamborinos,  
Los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría  
Cuando mas sin pensar la liebre echada  
De súbito por medio de la via  
Salta de entre los piés alborotada,  
Cuanto causó la muestra y vocería  
Del vecino escuadron de la emboscada  
A nuestros españoles, que al instante  
Arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron  
De puntas de diamante una muralla;  
Pero los españoles no pararon  
Hasta de parte á parte atravesalla:  
Hombres, picas y mazas tropellaron,  
Revuelven por dar fin á la batalla  
Con mas valor y esfuerzo que esperanza,  
Vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados  
El paso les cercaron y huída,

Viéndose así de bárbaros cercados  
Piensan abrir por ellos la salida :  
Otra vez arremeten apiñados,  
Y aunque una escuadra dellos fué rompida,  
Volvieron á sus puestos recogidos  
Quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte  
Las cerradas escuadras tropellando ;  
Mas viéndose cercanos á la muerte  
Prosiguen su derrota, enderezando  
Al desolado sitio y casa fuerte,  
Á diestro y á siniestro derribando,  
Que los indios entre ellos van mezclados  
Hiriéndolos tambien por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura  
Por la pequeña falda de una sierra,  
La causa y la razon desta angostura  
Es un lago que el valle abajo cierra :  
Para los nuestros esto fué ventura,  
Pues siguen su jornada haciendo guerra,  
Que solo un español que atrás venia  
La bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa  
Mata, al calar de un áspero collado  
Ven un indio salir á toda priesa  
El vestido y el rostro demudado ;  
El cual en el camino se atraviesa,  
Y del seno sacó un papel cerrado,  
Que Juan Gomez de Almagro el propio día  
Dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensajero ven lloroso  
Que dellos adelante habia partido,  
De Valdivia el suceso lastimoso  
Les dijo y lo demás acontecido,  
Y que el castillo el bárbaro furioso  
Le habia por los cimientos destruido :  
Viendo el remedio y presupuesto vano  
Tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lo mas rodeado,  
Aunque por esta senda y paso abierto,  
Del Este, Norte, Oeste está abrigado,  
Y el Sur le hiere casi en descubierto ;  
Por do seguido va el camino usado

De los ligeros bárbaros cubierto  
En espaciosa hila prolongada  
Sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo  
En el llano asimismo repararon,  
Y la gente esparcida recogiendo  
Dos gruesos escuadrones reformaron :  
Los catorce españoles conociendo  
Que era mejor romper, se aparejaron ;  
Mueven los escuadrones concertados  
Por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roneos instrumentos,  
Alto estruendo, alaridos desdeñosos,  
Salen los fieros bárbaros sangrientos  
Contra los españoles valerosos,  
Que convertir esperan en lamentos  
Los arrogantes gritos orgullosos :  
Tanto el esfuerzo y ánimo les crece  
Que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,  
Que yo no digo aquí cuál dellos era,  
Dijo viendo tan poca gente al lado :  
«O si nuestro escuadron de ciento fuera!»  
Pero Gonzalo Hernandez animado  
Vuelto al cielo responde : «A Dios pluguiera  
Fuéramos solos doce y dos faltaran,  
Que doce de la fama nos llamaran.»

Los caballos en esto apercibiendo  
Firmes y recogidos en las sillas  
Sueltan las riendas, y los piés batiendo  
Parten contra las bárbaras cuadrillas ;  
Las poderosas lanzas requiriendo,  
Afiladas en sangre las cuchillas,  
Llamando en alta voz á Dios del cielo  
Hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas  
Los bárbaros las picas al momento,  
De la suerte que suelen las espigas  
Derribarse al furor del recio viento :  
No bastaron las armas enemigas  
Al impetu español y movimiento ;  
Que los nuestros rompieron por un lado  
Dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,  
Léjos las rotas lanzas arrojadas,  
Vuelven al enemigo y fiero bando  
En alto ya desnudas las espadas;  
Otra vez arremeten, no bastando  
Infinidad de puntas enastadas,  
Puestas en contra de la airada gente,  
A que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,  
Los otros á vencer acostumbrados,  
Son causa que se aumenten los heridos;  
Y que bajén los brazos mas pesados;  
De llamas los arneses encendidos,  
Con gran fuerza y presteza golpeados,  
Formaban un rumor que el alto cielo  
Del todo parecía venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo  
Imitar al de Córdoba famoso,  
Iba por el ejército rompiendo  
No menos diestro y fuerte que animoso:  
Peñalosa y Vergara, conociendo  
Que vencer ó morir era forzoso,  
Hacen de sus personas arriscadas  
De esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona  
La rigurosa espada ejercitando,  
Aventura y señala su persona,  
Mil bárbaros valientes señalando:  
Don Leonardo Manrique no perdona  
Los golpes que recibe, antes doblando  
Los suyos con gran priesa y mayor ira  
Los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Córdoba se llama,  
Mozo de grande esfuerzo y valentía,  
Tanta sangre araucana allí derrama,  
Que hizo cien viudas aquel día:  
Por una que venganza al cielo clama  
Saltan todas las otras de alegría;  
Que al fin son las mujeres variables  
Amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado  
Hacen un fiero estrago y cruda guerra;  
Morán, Gomez de Almagro y Maldonado

Siembran de cuerpos bárbaros la tierra:  
El Herrero como hombre acostumbrado  
Y diestro en golpear, mata y atierra;  
Pues Nereda tambien que era maestro  
Hiere, derriba á diestro y á siniestro.  
Como si fueran á morir desnudos  
Las rabiosas espadas así cortan,  
Con tanta fuerza bajan golpes crudos  
Que poco fuertes armas les importan:  
Lo que sufrir no pueden los escudos  
Los insensibles cuerpos lo comportan,  
En furor encendidos de tal suerte,  
Que no sienten los golpes, ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados  
Con poderosos golpes los martillan,  
Y de muchos con fuerza redoblados  
Los cargados caballos arrodillan;  
Abollan los arneses relevados,  
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,  
Ruedan las rotas picas y celadas,  
Y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando  
Anima con hervor los escuadrones,  
Contra su fuerza y maza no bastando  
De crestas altas fuertes morriones:  
Cortés un golpe suyo reparando  
La cabeza inclinó entre los arzones,  
Llevándole el caballo medio muerto,  
Suelto el freno corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido,  
Acá y allá el caballo le traía;  
Pero tornando luego en su sentido  
Vergonzoso las riendas recogía:  
Vuelve á buscar á aquel que le ha herido,  
Y al punto que miró le conocía,  
Que al mayor araucano que allí andaba  
De los hombros arriba le llevaba.

Conócelo tambien en la braveza  
Que mostraba animando allí su gente,  
Y en la facilidad y ligereza  
Con que esgrime la maza diestramente:  
Como el suelto lebrél por la maleza  
Se arroja al jabali fiero y valiente,

Así asalta Cortés al araucano,  
 La adarga al pecho, el duro hierro en mano.  
 Al través le hirió por un costado  
 No le valiendo el coselete duro ;  
 Mas de aquella manera le ha mudado  
 Que mudara un peñasco ó fuerte muro :  
 Pasa recio el caballo espoleado,  
 Y Cortés de Lincoya, ya seguro  
 Por medio de la espesa escuadra hiende,  
 Y al un lado y al otro muchos tiende.  
 Almagro cuerpo á cuerpo combatía  
 Con el jóven Guacon, soldado fuerte ;  
 Pero presto la lid se decidía.  
 Que poco se mostró neutral la suerte ;  
 De un golpe Almagro al bárbaro hería,  
 Por donde una ancha puerta abrió á la muerte ;  
 Sale della de sangre roja un río,  
 Y ocupa el desangrado cuerpo el frío.  
 Airado Castañeda en la batalla,  
 Mata, tropella, daña, hiere, ofende ;  
 Acaso á Narpo á la derecha halla,  
 Y allí la rigurosa espada tiende :  
 No le valió el jubon de fina malla,  
 Ni un peto de dos cueros le defiende  
 Que la furiosa punta no calase,  
 Y el cuerpo del espíritu privase.  
 La gente una con otra se embravece,  
 Crece el hervor, coraje y la revuelta,  
 Y el río de la corriente sangre crece  
 Bárbara y española toda envuelta :  
 Del grueso aliento el aire se escurece ;  
 Alguna infernal furia andaba suelta,  
 Que por llevar á tantos en un día  
 Diabólico furor les infundía.  
 Tanto el teson entre ellos ha durado,  
 Que espanta cómo alzar pueden los brazos ;  
 Estaban por el uno y otro lado  
 De amontonados cuerpos los ribazos :  
 El sol había en su curso declinado  
 Cuando ya sin vigor, hechos pedazos  
 De manera igualmente enflaquecían,  
 Que moverse adelante no podían.  
 Como el aliento y fuerzas van faltando

A dos valientes toros animosos,  
 Cuando en la fiera lucha porfiando  
 Se muestran igualmente poderosos,  
 Que se van poco á poco retirando  
 Rostro á rostro con pasos perezosos  
 Cubiertos de un humor y espeso aliento,  
 Y esparcen con los piés la arena al viento :  
 Los dos puestos así se retiraron  
 Sin sangre y sin vigor desalentados,  
 Que jamás las espaldas se mostraron,  
 Mas siempre frente á frente careados ;  
 Ambos á un mismo tiempo repararon,  
 A un punto hicieron alto, y desviados  
 Los unos de los otros tanto estaban  
 Que aun un tiro de flecha no distaban.  
 Mirábanse del uno y otro bando  
 En el sitio y contrario alojamiento,  
 Cubiertos de agua y sangre ijadeando,  
 Que no pueden hartarse del aliento,  
 Los fatigados miembros regalando,  
 El pecho y boca abierta al fresco viento  
 Que con templados soplos respiraba  
 Mitigando del sol la fuerza brava.  
 Y desde allí con lenguas injuriosas,  
 A falta de las manos, se ofendían  
 Diciéndose palabras afrentosas,  
 La muerte con rigor se prometían ;  
 Y á vueltas desto flechas peligrosas  
 Los enemigos arcos despedían ;  
 Que aunque el aliento y fuerzas les faltaba  
 El rabioso rencor las arrojaba.  
 Yo no sé de cuál brazo descansado  
 Una flecha con impetu saliendo,  
 A manera de rayo arrebatado,  
 El aire con rumor iba rompiendo :  
 Tocó en soslayo á Córdova en un lado,  
 Y la furiosa punta no prendiendo,  
 Torció á Moran el curso, y encarnada  
 Por el ojo derecho abrió la entrada.  
 El buen Moran con mano cruda y fuerte  
 Sacó la flecha y ojo en ella asido,  
 Gonzalo al duro paso de la muerte  
 Le apercibe y esfuerza condolido ;

Pero Moran gritó : «No estoy de suerte  
Que me sienta de esfuerzo enflaquecido ,  
Que solo así herido soy bastante  
A vencer cuantos veis que están delante.»

Pica el caballo temerariamente ,  
Que galopar no puede de cansado ,  
Contra todo aquel número de gente  
Que en escuadron estaba reformado ;  
Pero Gonzalo Hernandez diligente  
Se le puso delante acelerado ,  
Que ya Lincoya al paso le salia ,  
Y al puesto, aunque por fuerza, lo volvia.

Con grande alarde, estruendo y movimiento  
Sobre la cumbre de una verde loma,  
Tendidas las banderas por el viento,  
Lautaro con la presta gente asoma.  
Como cuando de léjos el hambriento  
Leon viendo la presa placer toma ,  
Y mira acá y allá feroz rugiendo  
El vedijoso cuello sacudiendo :

Lautaro así veloz por un repecho  
Bajaba enderezando á los de España ,  
Pensando él solo dar fin á aquel hecho  
Si no le desamparan la campaña :  
Delante de su gente va gran trecho ,  
Digna es de celebrarse tal hazaña .  
Solos catorce esperan , hechos piezas ,  
Rotos los brazos , piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos ;  
Apiñados los nuestros los esperan  
No de ver tanta gente temerosos ,  
Porque aun morir con mas honor quisieran.  
Los fieros enemigos orgullosos  
En alta voz gritaban : «Mueran , mueran ;»  
Y el lincoyano ejército animado  
Tambien acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos  
Batiendo bien de espacio el hueco suelo  
Contra los descansados araucanos ,  
Que fieros amenazan tierra y cielo :  
Vienen con tardos piés á prestas manos ;  
Y del primer encuentro hecho un hielo  
Pero Niño tocó la blanca arena ,

Bañándola de sangre en larga vena.  
Atravesóle el cuerpo la herida ;  
Aunque en atribuirle hay desconcierto :  
Unos dicen que Angol fué el homicida ,  
Otros que Leocoton , y esto es mas cierto ;  
Cualquier dellos que fué , de gran caida  
Pero Niño quedó en el campo muerto,  
Con un trozo de pica atravesado ,  
Donde fué del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando  
A los piés de Lautaro muerto vino :  
Rompen los otros doce enderezando  
Por las espesas armas al camino ;  
Pero Ongolmo los piés apresurando  
De un golpe derribó fuera de tino  
A Nereda , que en guerras era experto ,  
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego Garcia ,  
De una llaga mortal abierto el pecho ,  
De otro golpe Escalona se tendia ,  
Que Tucapel le acierta por derecho :  
Los demás españoles en la via  
( Considere quien ya se vió en estrecho )  
Con cuánta priesa baten las ijadas  
De los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapel haciendo guerra  
A todos con audacia los asalta ,  
Y en viendo que estos dos baten la tierra ,  
Gallardo por encima dellos salta :  
Topa á Almagro, y con él ligero cierra  
En los piés levantado y la maza alta ,  
Que sobre él derribándola venia  
Con toda la pujanza que tenia.

Ó fué mal tiento , ó furia que llevaba ,  
Ó que el sumo Señor quiso librallo ,  
Que el tiro á la cabeza señalaba ,  
Y á dar vino en las ancas del caballo ;  
Con tanta fuerza el golpe le cargaba  
Que Almagro mas no pudo meneallo ,  
Quedando derrengado de manera  
Que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado  
Viendo el caballo cojo se derriba ,

Ora fué su ventura y diestro hado ,  
 Ora siniestro del que tras él iba ,  
 El cual era el valiente Maldonado  
 Que envuelto en sangre y polvo al punto arriba ,  
 Que el golpe segundaba Tucapelo ,  
 Y por poco con él diera en el suelo.

Con el jinete estribo en el derecho  
 Lado al bárbaro encuentra de pasada ,  
 Y cuanto cinco pasos , ó mas trecho,  
 Lo lleva hácia adelante por la estrada :  
 Brama el bárbaro ardiendo de despecho ,  
 Vibora no se vió mas enconada ,  
 Ni pisado escorpion vuelve tan presto  
 Como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento , muda la sentencia ,  
 Que contra Juan de Almagro dado habia ,  
 Y la furiosa maza é impaciencia  
 Al triste Maldonado revolvia :  
 Cala un golpe con toda su potencia ;  
 Mas el presto caballo se desvia :  
 Tucapel de furioso el tiro yerra,  
 Y el ferrado troncon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte ,  
 Que al punto llega el bravo Lemolemo  
 Con un largo baston ñudoso y fuerte  
 A manera de corvo y grueso remo ;  
 Y un golpe le señala de tal suerte,  
 Que no le erró el ferrado y duro extremo ,  
 Ni celada prestó de estofa llena ,  
 Que los sesos saltaron por la arena.

En esto, una gran nube tenebrosa  
 El aire y cielo súbito turbando ,  
 Con una escuridad triste y medrosa  
 Del sol la luz escasa fué ocupando :  
 Salta Aquilon con furia procelosa  
 Los árboles y plantas inclinando ,  
 Envuelto en raras gotas de agua gruesas  
 Que luego descargaron mas espesas.

Como el diestro atambor que apercibiendo  
 Al duro asalto y fiera batería ,  
 Va con los tardos golpes previniendo  
 La presta y animosa compañía ,  
 Pero el punto y señal última oyendo

Suena la horrenda y áspera armonia ,  
 Así el negro nublado turbulento  
 Lanza un diluvio súbito y violento.  
 En oscura tiniebla el cielo vuelto  
 La furiosa tormenta se esforzaba ,  
 Agua , piedras y rayos todo envuelto  
 En espesos relámpagos lanzaba :  
 El araucano ejército revuelto  
 Por acá y por allá se derramaba ;  
 Crece la tempestad horrenda tanto  
 Que á los mas esforzados puso espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura  
 Hizo que al punto el cielo se cerrase ,  
 Y la tiniebla de la noche oscura  
 Gran rato en su favor se anticipase :  
 Turbado se metió en una espesura  
 Hasta tanto que el impetu pasase  
 De aquella gente bárbara furiosa ,  
 De la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,  
 Y que él podia salir mas encubierto ,  
 El bosque deja y toma su camino ,  
 Que el temor se le muestra bien abierto :  
 Cayendo y levantando al cabo vino  
 De sangre , lodo y de sudor cubierto ,  
 Junto donde los nuestros esperaban  
 Si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados  
 Y uno de los caballos relinchando  
 El español con pasos sosegados  
 Al alegre rumor se fué acercando :  
 Llegó donde los seis amedrentados  
 Con baja voz estaban dél tratando ,  
 Y en aquella sazón se les presenta  
 Dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fué luego conocido ,  
 Que entre ellos ya por muerto se tenia ,  
 Y cada uno de lástima movido  
 A morir en su ayuda se ofrecia ;  
 Mas él , como animoso y entendido,  
 Viendo que aprovechar no le podia ,  
 Dice : «De mi , señores , nadie cure ;  
 La vida el que pudiere la asegure.»

Esto no dijo bien, cuando esforzado  
 Por el bosque tomó una senda incierta,  
 Y aquella mas usada deja á un lado  
 De gente y pueblos bárbaros cubierta:  
 Otro trance mayor le está guardado;  
 Pero pues hay de Chile historia cierta,  
 Allí lo podrá ver el que quisiere,  
 Si gana de saberlo le viniere.

El coronista Estrella escribe al justo  
 De Chile y del Perú en latin la historia,  
 Con tanta erudicion, que será justo  
 Que dure eternamente su memoria;  
 Y la vida de Cárlos Quinto agosto,  
 Y en verso los encomios y la gloria  
 De varones ilustres en milicia,  
 Gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo  
 La desgracia de Almagro, lo mostraban;  
 Pero ayudalle en ella no pudiendo  
 A la Imperial ciudad enderezaban;  
 La tempestad furiosa iba creciendo,  
 Relámpagos y truenos no cesaban  
 Hasta que salió el sol, y el claro dia  
 La plaza de Puren les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente  
 Le habia Juan Gomez antes sustentado  
 Hallándose una noche de repente  
 De multitud de bárbaros cercado:  
 Repelidos al fin gallardamente,  
 Fué por su industria el cerco levantado:  
 No escribo esta batalla, aunque famosa,  
 Por no tardarme tanto en cada cosa.

Alli los seis guerreros arribados  
 Fueron con tierna muestra recibidos  
 De los caros amigos, admirados  
 De verlos á tal término traídos,  
 Miseros, afligidos, demudados,  
 Flacos, roncós, deshechos, consumidos,  
 Corriendo sangre y lodo, sin celadas,  
 Las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron  
 Las armas defendiendo su partido,  
 Que nunca en este tiempo descansaron

Haciendo lo que habeis, señor, oido:  
 Un rato en el castillo reposaron  
 Del cual la noche atrás habian salido,  
 No con poco temor de los de casa,  
 Y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,  
 Gran turbacion les puso á todos cuando  
 El caso de Valdivia desastrado  
 Les fueron por sus términos narrando:  
 Y así viendo el castillo mal parado,  
 De consejo comun considerando  
 La pujanza que el bárbaro traia,  
 Le dejaron desierto el mismo dia.

Hácia Gauten tomaron la jornada  
 Llevando á Almagro acaso de camino,  
 Que por venir la noche tan cerrada  
 Libre salió del campo Lautarino:  
 La fuerza fué por tierra derribada,  
 Que luego el enemigo pueblo vino  
 Talando municiones y comidas  
 Que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos  
 Hácia donde su ejército venia,  
 Retumbando en los montes cavernosos  
 El alegre rumor y vocería;  
 Y por aquellos prados espaciosos  
 Con la vitoria y gozo de aquel dia  
 Tales cantos y juegos inventaban,  
 Que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra  
 Les habla y los recibe alegremente,  
 Y asiendo blandamente de la diestra  
 Al valiente Lautaro, su teniente,  
 Una escuadra le entrega de maestra,  
 Escogida, gallarda y buena gente,  
 En armas y trabajo ejercitada  
 Para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,  
 Que mucho su proceso me detiene,  
 Forzoso á tratar dél volveré presto,  
 Que llegar hasta Penco me conviene;  
 Pues hace tanto á nuestro presupuesto  
 Decir cómo á la guerra se previene



Que sangrienta y mortal se aparejaba,  
Y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama, ligera embajadora  
De tristes nuevas y de grandes males,  
A Penco atormentaba de hora en hora,  
Esforzando su voz ruines señales:  
Cuando llegan los indios á deshora,  
Los dos que ya conté que en los jarales,  
Viendo á Valdivia roto, se escondieron,  
Y estos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo  
El duro y desdichado acaecimiento,  
Viejos, mujeres, niños concurriendo  
Se forma un triste y general lamento:  
El cielo con aguda voz rompiendo  
Hinchen de tristes lástimas el viento;  
Nuevas viudas, huérfanas, doncellas,  
Era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros mas que flores bellos  
Eran de crudos puños ofendidos,  
Y manojos dorados de cabellos  
Andaban por los suelos esparcidos:  
Vieran pechos de nieve y tersos cuellos  
De sangre y vivas lágrimas teñidos,  
Y rotos por mil partes y arrojados  
Ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones  
De la edad mas robusta juntamente  
Daban de su dolor demostraciones,  
Pero con otro modo diferente:  
Suenan las armas, suenan municiones,  
Suenan el nuevo aparato de la gente,  
Y la ronca trompeta del dios Marte  
A guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,  
Otros petos mohosos enlucian,  
Otros las viejas cotas remallaban,  
Hierros otros en astas enjerian:  
Cañones reforzados apuntaban,  
Al viento las banderas descogian,  
Y en alardosa muestra los soldados  
Iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente

Francisco Villagran, varon tenido  
Por sábio en la milicia y suficiente,  
Con suma diligencia prevenido:  
De Pedro de Valdivia fué teniente,  
Despues de su persona obedecido,  
Sentido del suceso y caso fuerte  
Brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos alaridos  
Hieren el alto cóncavo del cielo,  
Viendo al peligro puestos los maridos,  
Y ellas en tal trabajo y desconuelo:  
Con lagrimosos ojos y gemidos  
Echadas de rodillas por el suelo  
Les ponen los hijuelos por delante;  
Pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados  
En demanda del bárbaro salian,  
De arneses lucidisimos armados,  
Que vistosos de léjos parecian:  
Las mujeres por torres y tejados  
Con fijos ojos tiernos los seguian,  
Y echándoles de alli mil bendiciones  
Vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano  
Que del pueblo saliera á acompañarlos,  
Y en busca del ejército araucano  
Pican á toda priesa los caballos:  
Dejan á la siniestra á Mareguano,  
Y á la diestra de Talca los vasallos,  
Hijo de Talcaguano, que su tierra  
La ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros limites pasando  
Pisan de Andalican la enjuta arena,  
Y el espacioso llano atravesando  
Suben las lomas, y rumor no suena:  
Y al pié del cerco andálico llegando,  
Sin entender lo que Lautaro ordena,  
Solo el miedo de entrar por el estado  
Les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, ágrío y estrecho  
De la banda del Norte está á la entrada,  
Por un monte asperísimo y derecho  
La cumbre hasta los cielos levantada:

Está tras este un llano poco trecho,  
Y luego otra menor cuesta tajada,  
Que divide el distrito andalicano  
Del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido  
Para dar la batalla, y por concierto  
Tenia todo su ejército tendido  
En lo mas alto della y descubierto:  
Viendo que á pié en lo llano es mal partido  
Seguir á los caballos campo abierto,  
El alto y primer cerro deja exento  
Pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino  
Quiero aquí figurarle por entero:  
La subida no es mala del camino,  
Mas todo lo demás despeñadero:  
Tiene al Poniente al bravo mar vecino,  
Que bate al pié de un gran derrumbadero,  
Y en la cumbre y mas alto de la cuesta  
Se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado  
Del poderoso ejército enemigo,  
Y el camino al entrar desocupado,  
Sin defensa ni estorbo, como digo:  
Pasando el primer monte habia llegado  
Al pié deste segundo el bando amigo;  
Pero aquí Villagran confuso estuvo,  
Que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, que dudoso  
El pié en el Rubicon fijó á la entrada  
Pensando allí de nuevo el peligroso  
Hecho que acometia y gran jornada,  
Al fin soltó las riendas animoso,  
Diciendo: «Sus, la suerte ya es echada;»  
Así nuestro español rompió el camino,  
Dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,  
Cuando luego tras él osadamente,  
Por el fragoso monte levantado,  
Alegre comenzó á subir la gente:  
Lautaro sin moverse arrinconado,  
Franca les da la entrada llanamente;  
Diez mil hombres gobierna, gente usada

En el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo en torno de la cuesta,  
Y mandado que nadie se moviese  
Un paso á comenzar la dura fiesta  
Hasta que el son de arremeter se oyese,  
Con una irremisible pena puesta  
Para aquel que del término saliese;  
Que estaban así quedos y callados,  
Cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente deseando  
Ejercitar la vencedora diestra,  
Se va á los enemigos acercando  
Por la banda del bárbaro siniestra:  
Lautaro, al puesto término llegando,  
Presenta la batalla en bella muestra  
Con gran rumor de bárbaras trompetas,  
Atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo  
Dar fin al largo canto en este paso,  
Porque el deseo del otro mueva el gusto,  
Y porque de cantar me siento laso:  
Suplicoos que el tardar no os dé disgusto  
Pareciéndoos que voy tan paso á paso,  
Que aun de gentes agravio una gran suma  
Atento á no llevar prolija pluma.